

Máquinas del futuro: ciencia ficción y rap

por Javier Torres

Varias historias nos han mostrado la idea de que la tecnología acabará con el mundo. Sean la inteligencia artificial, las realidades virtuales o las faltas de ética biogenética, de una u otra manera, el futuro está relacionado con el fin. Como si los avances obtenidos por las distintas ramas de la ciencia condujeran a la humanidad a su exterminio. La clave del asunto está en el “como sí” que funciona igual al “podría”, ambos son intermitencias divinas. Es decir, también pueden ser mandatos ante lo desconocido: si no tenemos cuidado eso sucede.

En este texto, creemos que el futuro es ahora y que esta tecnología apocalíptica es muy antigua, tanto que, probablemente, está enquistada en nuestro sistema y ya ha propiciado nuestras primeras transformaciones: la palabra. A partir de este planteamiento, desarrollaremos dos apartados sobre las máquinas del futuro que, creemos, ya habitan entre nosotros: la literatura y el rap.

Esta lectura pretende motivar y responder el deseo que debería subyacer a toda investigación literaria. ¿A quiénes le sirve lo que estoy haciendo?

Transhumanismo(s)

En el último estadio físico del mundo, el apocalipsis será causado por la palabra. La antigua serpiente *cyborg* morderá su propia cola. Así como propició las primeras articulaciones del tiempo en la historia escrita, así también terminará de sumirnos en la dominación.

Es imposible negar que la relevancia de la palabra viene por su antigüedad. Está en el inicio de nuestro complejo entramado social, estructura que se ha logrado gracias al único valor diferencial de la humanidad. La razón o el conocimiento, parafraseando a Burroughs, es una potencia cuando alcanza transmisión, creación y almacenamiento. Las ratas no pueden hacer un manual de supervivencia y pasarlo entre sus generaciones para preservar su existencia. Nuestra sociedad existe gracias a la capacidad de hacer lenguajes y dejarlos como marca. Como hendidura en la realidad, igual que las tempranas pinturas rupestres.

Según Jacques Derrida, esta obsesión con instrumentalizar y poseer el saber se define como “logocentrismo”. Una actitud de la so-

ciudad que podría insinuar que la palabra escrita es más antigua de lo que alcanzamos contar. ¿Qué pasa si la palabra escrita fue antes que la palabra hablada?

La palabra escrita es un virus alienígena que propició el habla.

Dos autores armaron los lados de este argumento. William Burroughs en la primera parte de su libro publicado en 1970, *La revolución electrónica*, propone que la palabra escrita existió antes que la palabra hablada; es más, nos dice que el signo originó el habla manifestándose como virus a los primeros homínidos. Su imagen liberó una carga biológica capaz de enfermar y modificar su estructura física. Los machos con la garganta inflamada y, en plenos dolores de la metamorfosis, fecundaron a las hembras. Na-

[ENSAYANDO IRRUPCIONES]

Javier Torres Marruffo es bachiller en Artes escénicas y Literatura por la Universidad Científica del Sur. Perteneció al laboratorio de experimentación literaria Mosaico y participo de la única edición de la revista *Austro*. Ha publicado textos en revistas literarias de México y Perú. Actualmente, desarrolla investigaciones en torno a la literatura y el rap dentro del espacio virtual *Hoguera de las vanidades*. javiertorresmarruffo@gmail.com

ció un linaje de homínidos fundidos con la capacidad de hacer lenguaje. Así es como el sonido se unió al signo; los primeros humanos ataron la cosa con la onomatopeya. El virus contenido en la palabra escrita encontró una aparente armonía con su huésped. Burroughs da una conclusión para esta relación que, a largo plazo, supone ser negativa para el portador.

El otro lado del argumento lo construye Amir Hamed en 2016, dentro de su ensayo “Lo literario y su certidumbre”, nos dice que “la escritura (y, entre sus variantes, más que ninguna, la literaria) no sólo se sabe alien; tiene como mandamiento dar cuenta de lo ajeno” (2016: 76). El autor propone dar cuenta de lo extraño, lo particular, lo ajeno de la escritura en la humanidad. Porque cuando uno lee entra en un proceso de decodificación o de abstracción. Para Hamed, esta capacidad de enajenación de las palabras es entendida como otredad. Lo otro es lo desconocido; los griegos lo acuñaron como barbarie y se ha manifestado a través de la historia en marcas simbólicas.

Recordemos la asociación de la mano con el salvajismo; el autor muestra que esa barbarie podría estar relacionada a la escritura: la mano que escribe. Lo ajeno de la escritura se muestra también dentro de la historia del pensamiento. Para Platón, lo único verdadero es la idea y sus representaciones son falsas. En ese sentido, la palabra desplaza a la idea y solo es su simulacro. Por eso Platón, al principio, destierra a los poetas de su república; la poesía no resulta un recurso útil para el conocimiento puesto que no expone las cosas como son.

Esta consideración sobre la utilidad de la poesía, o sea, de las ficciones literarias plantea su injerencia dentro de la política y su proble-

ma contemporáneo. Las ficciones nos advierten a nosotros mismos, ya que eso que llamamos “ajeno” o “desconocido” sirve para reconocernos, imaginarnos y advertirnos como humanidad. Hamed dice que la literatura *barbariza los tropos*, nos muestra su extrañeza para que volvamos modificados por aquello que nos fue mostrado. En ese hilo de argumento, la palabra escrita tiene su praxis política dentro de la literatura, actúa como un mecanismo causando extrañeza, particularizando aquel universo que funda. Esta propiedad casi divina que se le otorga a lo literario se enfrenta a una actualidad de consumo masivo que ya no distingue lo sagrado.

La enajenación es una forma de mandarse a otra dimensión.

Quizás la palabra escrita estuvo aquí antes que nada; de esos gestos, ya hablan desde películas independientes hasta documentales infestados de modorra y lugares comunes. Los alienígenas como agentes divinos, dadores de vida y facilitadores de materiales.

Si la palabra escrita fue la primera tecnología alienígena que encontramos, antes que las naves espaciales, nuestra vieja y progresiva condición de huéspedes nos está haciendo cada día más transhumanos. Medir lo positivo o lo negativo de este alcance es apresar el azar. En la actualidad, sabemos que no todos desarrollan la misma relación empática con los síntomas.

Lo que sí sabemos es que el virus de la palabra deja el sistema inmunológico debilitado, predispuesto a otra infección. No lo decimos como un intento de futurismo; somos testigos de este hecho: la palabra escrita nos sigue dando una predisposición por la linealidad del sentido, por la búsqueda de la historia y por la abstracción mecánica.

En esta época virtual, el método más factible del capitalismo siempre ha sido la viralidad de la palabra escrita. A través de los medios masivos, se nos bombardea con secuencias codificadas como razón, orden y Dios. O sea, logos, ley e imagen. Lo que no podemos olvidar es que las sociedades siempre negocian con los agentes de dominación. El desmontaje de la palabra escrita por el capitalismo es un síntoma que se evidencia en la proliferación del absurdo, la ironía y la instalación.

El virus de la palabra produce un *acceso* en el cuerpo de los transhumanos, una ranura, un puerto para cualquier adhesión futura.

Máquinas literarias

En una entrevista publicada dentro de un periódico latinoamericano de 1975, le hacen a Burroughs una pregunta sobre el sistema de control que ejerce la palabra escrita. Él dice lo siguiente: “Nuestro sistema de signos es tan propenso a la abstracción que las palabras ya no tienen más un sentido preciso. Aquí es donde el control y la manipulación política aparecen” (2009: 86).

Por eso, su proyecto estético en varios libros es que la palabra sea liberada de su referencialidad, de su condición de vehículo comunicativo. Hasta que se vuelva una materia opaca. Utiliza un ejercicio literario para desprogramar y combatir los accesos creados por la palabra (como hemos dicho, estos accesos podemos entenderlos como una predisposición a buscar líneas asociativas). Frente a esto, el *cut-up* no solo es recurso sino también una posible herramienta del futuro. A pesar de haber nacido de manera lúdica con los surrealistas, su experimentación y práctica, llevada a cabo por el pintor Brion Gysin, convirtió el recurso en un generador de belleza bélica. Burroughs y Gysin

no se plegaron al campo textual, utilizaron la técnica con sonidos pregrabados, imágenes y películas.

En la misma entrevista, Burroughs se impacienta y casi enojado dice que “...la experiencia misma es un *cut-up* y esto se ve claramente en la experiencia de escribir. No se puede escribir sin ser interrumpido por todo lo que viene a la cabeza y por todo lo que se ve”.

Esta premisa es una lúcida predicción sobre la escritura en el mundo de los dispositivos. No es lo mismo realizar un texto en una máquina de escribir que en una laptop conectada a Internet. La escritura se convierte en una práctica que transita entre el exceso de posibilidades, la enajenación y la metamorfosis: un acto de significación entre hipervínculos (como una semiosis infinita).

Escribir en una red interconectada es un proceso que en sí mismo implica devenir hacia soportes cibernéticos o realidades alternativas. Como hemos visto, la literatura tiene injerencia en la política desde sus mecanismos internos, no necesariamente por el mensaje que porta su contenido. Eso quiere decir que es la forma de la escritura lo que contiene su posibilidad de arma futurista.

Las tecnologías literarias mencionadas más arriba también fundarán su dimensión política en las operaciones de abstracción que implican sus formas. Eso es a lo que se refiere Jacques Rancière cuando aborda las relaciones entre política y arte. Una política de la literatura es una práctica colectiva escrita que crea nuevas sensibilidades en distintos regímenes históricos. Dicho de

otro modo, es la razón y textura de una parte del mundo en un momento determinado.

No es lo mismo decir que la literatura es una máquina; como hemos visto siempre lo ha sido. Por el contrario, las máquinas literarias no siempre existieron. Se han logrado formar desde que la Internet modificó varios procesos lingüísticos de la sociedad. Uno de ellos fue la literatura, mejor dicho, el acontecimiento literario: un circuito donde intervienen emisor, mensaje y receptor.

El futuro nos brinda una nueva lectura: el texto es una realidad virtual compuesta por escritura alienígena y actualizada por transhumanos.

Rap, Música de Máquinas

[Para poder entender el rap como música de máquinas, o sea, como fluido que reactualiza antiguas tecnologías debemos privilegiar su condición como ficción sónica]

Antes de eso, hagamos un *scratch*, avancemos y luego retrocedamos un poco.

“El *hip hop* es la madre de toda la cultura pop” dice el rapero peruano Fakir Iskaywari.

Al otro lado del mundo, Kodwo Eshun propone analizar las disidencias en la música con raíces africanas sin utilizar referentes históricos. Propone que el *hip hop* es parte del futurismo afrodiaspórico, esparcido por todo el territorio geográfico y unido a través de una red interconectada por conceptos *cyborgs*:

ideas que nacen y funcionan a partir de las máquinas. Eshun en su texto más famoso, *Más brillante que el sol*, interpreta a ciertos artistas de *hip hop* que producen sonidos y temáticas futuristas. Lo hace sin recurrir al rastreo histórico que justifica su melodía o la valoración de la calle como verdad estética. A partir de esto busca dar cuenta de los paisajes extraterrestres que se desprenden del rap y de las tecnologías que implica el vinilo, el *turntablism* y el *breakbeat*.

Esta apreciación estética del rap resulta un análisis particular dentro de la bibliografía. La mayoría de interpretaciones de esta forma musical hace tiempo están secuestradas por sociólogos y antropólogos.

Otra aproximación estética, y más antigua, es elaborada por los escritores David Foster Wallace y Mark Costello en su texto *Ilustres Raperos*, publicado en 1989. Ambos abordan el *hip hop/rap* buscando establecer un análisis a partir de su dimensión literaria. Aquí un ejemplo: “Igual que las cajas de ritmos y el *scratch*, el sampleado y el ritmo de fondo, la «canción» del rapero es en esencia una capa superior del denso tejido de ritmos que, en el rap, usurpa las funciones esenciales de identificación, llamada, contrapunto, movimiento y progresión que antes correspondían a la melodía y la armonía, el juego de las notas entretejidas [...] un compás de baile cargado de ilimitadas posibilidades corporales y casado rítmicamente con letras llenas de acentos complejos que afirman, tanto en su mensaje como en su métrica, que las cosas nunca pueden ser distintas de lo que SON” (2018: 18).

Wallace termina denominando al rap como anti-música (depende más de la palabra que de la melodía), la expresión de un grupo para ese mismo grupo, un espacio hermético que causa fascinación. Mejor dicho, causa un miedo que alimenta la empatía.

También nos dirá que el rap opera como figura retórica: la sinécdoque, ya que una de sus partes es tomada para designar su totalidad. Dicho de otro modo, uno de sus niveles logra comunicarse con un público masivo, convirtiendo esa parte en un todo para un grupo (los estereotipos a los que está asociado el rap). Otro de sus niveles tiene particulares texturas que solo logran ser decodificadas por su propia comunidad musical.

Este acercamiento nos hace pensar el rap como una matriz que produce doble significado, muy similar a la ficción literaria. Una ficción que nació de manera espontánea sobre soportes tecnológicos, y que sus formas de composición han dictado los actuales paradigmas estéticos.

Ensamblaje

Entonces, la escritura es una tecnología alienígena y por medio de la palabra escrita se ha acelerado nuestra conversión en organismos cibernéticos y conceptos cibernéticos. Y hasta aquí todo bien, pero el capitalismo agresivo de ciertos grupos de poder dirige las riquezas a sus propias arcas. A través de las dictaduras de la razón, se han estandarizado las formas de crear bellas artes. Esto lo podemos tomar como síntoma de una enfermedad (predisposición a la linealidad, obsesión con el realismo,

búsqueda de una historia, etc.). Para liberarse del virus de la palabra escrita, uno tendría que reprogramarse. El problema de transformar una herramienta literaria como el *cut-up* en un arma del futuro es su corto alcance.

Se necesita una interfaz.

En el *hip hop*, el sampleado, *sampleo* o *sampling* es una técnica musical que muchas veces se realiza con el instrumento del *sampler*. No fue inventado aquí, pero sí masificado. La operación funciona como ética y estética dentro de esta cultura musical. Formarse con fragmentos y crear nuevos discursos con esas piezas.

Lo que llama la atención dentro del rap es la reunión de tecnologías en un solo producto. Palabras escritas (alienígenas) hechas para formar una estructura de retazos o sea, de rimas, colocadas sobre sonidos aislados, sintetizados y producidos por otras máquinas. Ese futurismo espontáneo, y que existió desde 1970, hace emerger capacidades subversivas que se han propagado por todo el *mass media*. Prueba de ello es el actual régimen estético que lleva la música. En el mundo de ahora, las sensibilidades predominantes devienen de las máquinas del *hip hop*: rap, trap y reggaetón.

¿Cómo podría el rap actualizar el entramado político que es la literatura?

Si entendemos la política como una práctica colectiva que funda una nueva realidad frente a lo establecido, y si seguimos el pensamiento de Ranciere, veremos que el régimen histórico de la escritura ha propiciado y, al mismo tiempo, se ha modificado por la emergencia del rap.

Como antecedentes de estas correspondencias podemos citar a las tradiciones orales africanas y al Spoken Word.

Como síntoma de la estética del rap podemos citar a la Alt Lit, el Slam Poetry y al Lyrical Wave.

Seguramente también estarán en esta intersección las nuevas formas de la literatura que sean asistidas por máquinas.

¿Qué sensibilidades se actualizan en estos espacios? Oralidad. Ritmo.

Estas formas, como las otras, bien han sido apresadas por el capital agresivo, pero resisten.

El *hip hop* es un espacio donde se conceptualizan las lenguas cibernéticas del futuro.

Bibliografía

Bolón, Alma. (2016) *El animal letrado: literatura, verdad, política*. H Editores.

Burroughs, W. S., Dupont, M., & Gamarro, C. (2013). *La Revolución electrónica*. Caja Negra.

Eshun, K., & Lima, T. (2018). *Más brillante que el Sol: Incursiones en la ficción sónica*. Caja Negra.

Wallace, D. F., Costello, M., Calvo, J., & Cruz, N. (2018). *Ilustres Raperos: El Rap Explicado a los blancos*. Malpaso Ediciones.